



Madrid 8 de Setiembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—En un Album [poesia], por don J. E. Harzembusch.—El Ramo de Flores, por doña Angela Grassi.—Enigma histórico y geográfico.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—La Granja, por L.—Lope de Vega, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.

GRABADOS. El ramo de flores.—La comitiva real.—Los jardines de la Granja.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

IX.

Buen porte para con los criados y dependientes.

En el mundo es indispensable la existencia de ricos y pobres: aquellos sostienen á estos en cambio de los servicios que les prestan, y estos aumentan la riqueza de aquellos mediante su trabajo, que por lo mismo que es á veces rudo y exige fuerza y robustez, es irrealizable para aquellos que han crecido en medio de la comodidad. No creas, no, á

Tomo II.

pesar de lo mucho que oirás declamar en contra de semejantes diferencias, que sea inmoral su existencia. Dios lo ha dispuesto así desde los primeros días del mundo, y cuando él lo ha hecho, bueno debe ser, puesto que es imposible obre cosa mala. No debe caberte la menor duda en que á consecuencia de esto, el rico ejerce y debe ejercer cierta autoridad sobre los criados y dependientes que tiene á sus órdenes; pero así como esta jurisdiccion bien desempeñada, recae en beneficio del mismo sobre el cual pesa, abusando de ella se convierte en la mas atroz y criminal de las tiranías.

Si al desempeñar el papel de amo, quieres ajustarte á las prescripciones impuestas por Dios, debes, ante todo, tener presente que tus

Núm. 34.

criados ó dependientes son los hermanos de tu corazón. No creas que porque los álientes tengas derecho á tratarlos mal; considera que siendo libres como tú, podrian encontrar en otra parte el pan que les proporcionas, en cambio del cual te evitan fatigosas tareas y te auxilian en tus trabajos y ocupaciones. Cuando desgraciadamente el criado estaba sujeto á la esclavitud, podia temer las iras de un amo brutal; pero hoy, que merced á las santas doctrinas del Evangelio, ha alcanzado la emancipacion, tiene los mismos derechos que los demás hombres, y vale tanto como el señor al cual presta sus servicios. Si tú los socorres y amparas, ellos conservan y aumentan tu patrimonio con el sudor de su rostro; ya ves, pues, que tanto les debes á ellos como ellos á tí.

Pero como su condicion es humilde, y por consiguiente no han recibido la educacion necesaria para que sepan mantenerse en la esfera que les corresponde, es necesario que tú hagas lo que ellos no pueden hacer. Considera que tienen constantemente ante sus ojos el espectáculo de la comodidad que proporcionan las riquezas, de las cuales no ven sino el lado bueno; irritados, digámoslo así, por el contraste, pugnan de continuo para salir de su triste condicion, y espian todas las ocasiones que les permiten adelantar un solo paso en el camino de lo que ellos crén que constituye la felicidad. Para evitar semejantes extremos, debes conservarte siempre en el lugar que te corresponde; tratálos con bondad, pero no con llaneza; enséñales que en todos los estados, hasta en los mas infelices, puede ser el hombre dichoso, si sabe conformarse con su suerte; y sin que puedan incomodarles ni humillarles tus espresiones, házles notar la diferencia que media entre tú y ellos.

Aun cuando siempre que se presente ocasion debes enseñarles lo que no saben, ennobleclos, y conciliarlos con su posicion, haciéndosela dulce y llevadera, no debes jamás familiarizarte con ellos de modo que olviden el lugar que ocupan en tu casa. Así, pues, no debes hacerles partícipes en tus secretos, porque no habiendo contraído contigo vínculo ni

compromiso que les obligue á permanecer constantemente á tu lado, del mismo modo que mañana puedes despedirlos, ellos pueden dejar tu servicio, para pasar al de otro, en el cual creerán estar mejor, y es muy difícil que sepan callar lo que en tu compañía aprendieron. Esta misma consideracion, aun prescindiendo del deber que te fuerza á ello, debe servirte de guía para que jamás sean testigos de actos y conversaciones que no estén del todo conformes con los principios de la mas severa moral. ¿Cómo pretenderás reprenderlos por una accion poco conforme si pueden contestarte que la aprendieron de tí?

En las reprensiones á que se hagan acreedores por su mal servicio, no les trates con rigor y con cólera, procura mas bien corregirlos por medio de la persuasion y dirigiéndote á su amor propio, que no por medio de espresiones duras que puedan ofender sus sentimientos de pundonor. Mas afecto te será el dependiente que hayas ganado por medio de la bondad, que no el que conserves á tu lado mediante el temor. El cariño es siempre mas firme que el respeto. Ten presente que como hombres no pueden ser perfectos, por consiguiente disimula sus torpezas y distracciones cuando no nacen de desobediencia ó malos hábitos; pero aun en este caso, antes que te propases con ellos, despidelos, y busca en otros los servicios que no supo prestarte el que te faltó. Muchas veces achacan los amos á sus dependientes y criados las faltas que cometen, sin considerar que si ellos no fueran tan exigentes y no los abrumáran con un trabajo superior á sus fuerzas, lo llenarian perfectamente, sin hacerse acreedores á la mas leve advertencia ó reprension.

Si quieres tener dependientes buenos, sé tú bueno para ellos. Enséñales si no saben: corrígeles si están equivocados, acostúbralos á los buenos hábitos de honradez y economía, y comprendiendo lo que es bueno y lo que es malo, no te faltarán, temerosos de perder tu proteccion y haber de pasar al servicio de un dueño que los trataria con mas rigor. Sobre todo evita que estén ociosos; pues sin cuidado por su subsistencia, sabiendo que no habia de fal-

tarles mientras cumplieran con su obligacion, quizás emplearian en el vicio sus economías, perdiendo poco á poco las buenas cualidades que á fuerza de años habrian contraído. Por muy buenos que sean, es fácil que se corrompan, pues por lo mismo que fué humilde su estirpe, y es oscuro su origen, no han contraído los buenos hábitos en su infancia, sino cuando la reflexion les ha convencido de su necesidad, y pueden por lo tanto volver fácilmente á sus primeras inclinaciones.

En una palabra: conforma tu comportamiento para con tus criados y dependientes á la idea de que son tus hermanos, y con esto y con las advertencias que te he dado, sabrás cumplir como debes y ellos se merecen.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

EN UN ALBUM. T

Amarilla volvióse

La rosa blanca,

Por envidia que tuvo

De la encarnada.

Temán las niñas

Convertirse de blancas

En amarillas.

J. E. HARTZEMBUSCH.

EL RAMO DE FLORES.

Sarriá es un pueblecillo agrupado en la falda de los montes que guarecen á la hermosa Barcelona. Imposible es imaginar nada mas pintoresco, que sus casitas sombreadas de jardines, desde las cuales se descubren mil sorprendentes paisajes, y á lo lejos el tranquilo mar cubierto de bajeles.

En ninguna parte se ostenta mas rica y lozana la vegetacion; en ninguna parte se concibe tan bien como allí toda la belleza del Edén que habitaron nuestros padres.

Hace algunos años vivia en medio de aquellos perpétuos verjeles una señora viuda con

su hija, encantadora niña que solo habia saludado doce veces la florida primavera.

El único cuidado, la única ocupacion de su madre era formar para el bien aquella alma tierna y candorosa, y cuando la fortuna me llevó á pasar dos meses á su lado, asistía con lágrimas de enternecimiento á sus lecciones, llenas de persuasiva dulzura.

Una tarde nos paseábamos por el jardincillo de su casa.

Elisa, que así se llamaba la niña, se divertía en coger fruta de los árboles, y venia llena de júbilo á repartir con nosotras su botín.

Y mientras corria aquí y allá, iba tronchando aturdidamente las florecillas que la estorbaban el paso.

Su madre recogió uno de los encendidos botones arrancados de su tallo, y se puso á contemplarlo tristemente.

Cuando Elisa, que habia venido á entregarme algunas frutas, reparó en su abstraccion, comprendió que habia hecho mal y corrió á abrazarla.

—Sientes que haya tronchado esa flor? la dijo con ternura.

—Sí!

—Y eso qué vale?

—Tus palabras me recuerdan una anécdota, ó mas bien un suceso, porque yo misma lo he presenciado, ¿quieres que te lo refiera?

Por única respuesta la hicimos sentar sobre un banco entapizado de yedra, sentándonos nosotras á su lado.

La madre de Elisa empezó así:

—¿Veis aquella magnífica casa que se divisa allá abajo, rodeada de gigantescos y frondosos árboles? pues hace algunos años era una pobre choza, habitada por un labrador que vivía de su jornal.

Sin embargo, á pesar de la escasez de su fortuna, aun hubiera podido ser dichoso sino hubiese ahuyentado la felicidad con su génio áspero é iracundo.

Poseía el mayor de los bienes: una amante esposa, y un hijo cuya hermosura física era igual á la hermosura de su alma.

Andresillo era la antítesis de su padre: dul-

ce, amante, reflexivo. Apenas tenia seis años, y ya repartía su tiempo entre el estudio, los solícitos cuidados que prodigaba á sus padres, y el cultivo de algunas florecillas, á las cuales amaba con delirio.

Había formado un cuadrado al extremo de la pequeña huerta de su casa, llenándolo de flores y yerbas olorosas, y como las regaba mucho, no había claveles mas variados ni rosas mas bellas que las suyas.

Así como los otros niños se entretenían en tirar piedras á los árboles para hacer caer la fruta, ó en atormentar á los insectos y á los pajarrillos; él, cuando volvía de la escuela, volaba á su jardincillo, y allí á solas con sus queridas flores, entablaba con ellas diálogos poéticos y misteriosos.

Un día su padre se levantó de peor humor que de costumbre. Era domingo, y cogiendo su azadon se dirigió al huerto. La vista de aquellas plantas, que él consideraba como inútiles, acrecentó su furor, y prorumpiendo en denuestos se puso á destrozarlas.

Andresillo se echó á llorar amargamente, é impidiéndole el respeto defender su adorado verjel, escondió la cabeza en el seno de su madre.

Por fortuna acertó á pasar el señor cura, piadoso sacerdote, espejo y compendio de todas las virtudes.

—¿Por qué lloras, niño? le preguntó con dulzura.

—Ay mis flores! mis pobres flores! sollozó Andresillo.

—Por qué las arrancas, Beltran? preguntó el buen cura al labrador.

—Y eso qué vale? exclamó Beltran encogiéndose de hombros.

—En la creacion no hay nada inútil, mi buen amigo, exclamó vivamente el sacerdote, y todo lo que ha salido de manos del Creador merece ser respetado. ¿Qué fuera de las abejas si no pudiesen livar el cáliz de las flores? ¿qué fuera de los insectos de oro si no hallasen un

abrigo en su corola? La mayor parte de las dolencias que nos afligen se curan con sus milagrosas propiedades, y es por ellas que la brisa nos embriaga con mil perfumes deliciosos.

Pero dejando aparte sus ventajas materiales, ¡cuánto bien no reportan al espíritu! Su hermosura, su prodigiosa variedad, embelesando nuestros ojos,

nos recuerdan sin cesar la divina omnipotencia que las ha formado.

Respétalas, Beltran, reveréncialas, porque son obra de Dios, y debemos respetar hasta el átomo de polvo que sale de sus manos.

Beltran, aunque de carácter duro é irascible, no carecía de buen fondo. Bajó la cabeza, y de allí en adelante el destructor azadon ya no amenazó la existencia de las pobres flores.

Pasáronse dos años.

Un día una gran desgracia sobrecogió de improviso á la honrada familia.

Las mulas de Beltran, por un descuido de éste, entraron en el campo de un vecino y causaron algunos destrozos. El vecino incomodado



El ramo de flores.

prorumpió en improperios, y Beltran, dejándose llevar de su génio vivo é iracundo, se arrojó sobre él y le hundió en el pecho su navaja.

Solo recobró la razon cuando vió caer á su víctima bañada en su propia sangre.

Inclinóse sobre el infeliz y halló que era ya cadáver!

Loco entonces Beltran, fuera de sí, corrió al pueblo gritando:

—Prendedme, matadme, he asesinado á un hombre!

Vendido por su propia confesion, fué conducido á la cárcel.

Ay! cómo pintar el dolor de su mujer, de su amante hijo, al saber la catástrofe espantosa! ¡Cómo describir la horrible escena que pasó cuando lograron verle, cuando Marta, que así se llamaba la esposa, y Andresillo, lloraban abrazando las rodillas del criminal, que despezado por los remordimientos pedia á gritos la muerte.

Pero si fué horrible aquella escena, horribles fueron para los desdichados todos los dias que se siguieron á aquel aciago dia.

Las autoridades del pueblo, en union del bondadoso cura, deseaban vivamente salvar al reo, pero cómo, si habia confesado? Cómo, si la familia del muerto era rica y poderosa y ardía en sed de venganza? Beltran habia matado y debia morir.

Lo único que podian hacer en su favor era dar treguas al asunto y ganar tiempo para ver si la Providencia les abria algun camino.

Pero entretanto, para la pobre Marta al dolor se juntó la miseria, pues su solo trabajo no bastaba para hacer frente á tantos gastos, y la miseria y el exceso de la fatiga enervaron su cuerpo enflaquecido, y la postraron en el lecho moribundo.

Entonces fué cuando brilló en todo su esplendor la virtud filial de Andresillo.

El triste niño corria de casa en casa pidiendo un pedazo de pan ó una taza de caldo para su madre, y cuando habia recogido algun socorro, volaba junto á su lecho, y permanecia allí de noche y de dia, velando á la enferma con la mas angélica paciencia.

Y si lograba que alguna vecina compasiva le reemplazase en su piadosa ocupacion, no era para entregarse al sueño, sino para volar á la cárcel, y allí permanecia llorando hasta que le dejaban entrar, hasta que podia correr á llenar de lágrimas y besos la mano de su padre.

Y así transcurria el tiempo, y así trajo el momento fatal, en que acabadas todas las dilaciones posibles, Beltran fué condenado á muerte.

Esta noticia arrojó á su infeliz mujer al borde del sepulcro.

En vano el bondadoso Alcalde habia elevado una súplica al rey Fernando VII, que se hallaba en Barcelona, adonde habia venido á desposarse con la princesa María Amalia. O no se habia dado curso á la súplica, ó el Rey, embebido en los festejos públicos, no habia fijado en ella la atencion.

Pero cuando los recursos humanos se acababan, empiezan los milagros de la Providencia.

Una tarde las campanas de Sarriá tocaron de improviso á vuelo, y todos sus habitantes salieron á las calles, poblando el aire con mil gritos de entusiasmo.

Andresillo veia esta confusa algazara desde el rincon en que estaba acurrucado, sin fijar la atencion en ella.

Reinaba en la choza el mas profundo silencio.

—Agua! agua! gritó de repente la enferma, agua!

Andresillo corrió á dársela, pero Marta no pudo incorporarse. Tenia los ojos entelados, y no veia la taza que la presentaba el pobre niño.

—Me muero! balbuceó la infeliz, me muero!... y tu padre!... ay, qué va á ser de tí!

Tal vez rendida á lo agudo de su mal, tal vez oprimida por esta funesta idea, Marta cayó exánime sobre el lecho.

Andrés la creyó muerta.

Lleno de espanto, desolado, corrió á pedir socorro á las vecinas; pero no halló á nadie en su casa.

Solo en una muy distante encontró á una

anciana octogenaria, que le siguió apoyada en su bastón.

—No ha muerto, hijo mío, no ha muerto, le dijo, así que hubo tomado el pulso á la enferma. Está solo desmayada... Se salvará, así pudiéramos salvar á tu padre!

El niño prorumpió en sollozos.

—Si el Rey lo supiera!... acaso se apiadaria....

—El Rey!... dónde está el Rey? murmuró Andresillo con aire estúpido.

—No has oído las campanas? Viene á visitar la torre de Gironella (1): tal vez ya estará allí.

Andrés se lanzó á la puerta.

—Adónde corres? le preguntó la vieja.

—A hablarle!

—Niño!... créese que te dejarán llegar hasta él!... ya, ya!... con tanto militar... con tantos señores llenos de bordados!... ya, ya... Si fueras á ofrecerle algun tesoro... entonces... ¿quién sabe? pero los pobrecitos... Calle! prosiguió la vieja mirando en derredor de sí, se ha marchado!

En efecto, Andrés había volado al jardín. Al oír hablar de tesoro, se acordó de sus hermosas flores, á las cuales, á pesar de todo, jamás había descuidado.

—Oh! con qué alegría las cortó todas! Cómo caían sus lágrimas de esperanza sobre sus encendidas corolas! cómo palpitaba su corazón de orgullo cuando hubo formado con ellas un hermoso ramillete! Y luego corrió, voló á la entrada del pueblo, se abrió paso por entre la apiñada muchedumbre, por entre la doble hilera de soldados... El amor filial le prestaba fuerzas... el amor filial le daba alas!...

Y corría, corría!... Pasaba, aunque los oficiales le amenazasen con el sable desenvainado, y cuando hallaba algun obstáculo mas invencible, gritaba agitando el ramillete.

—Flores para el Rey!

Y la sorpresa le abría de nuevo paso.

Y así corriendo, jadeando, cubierto de su-

dor, llegó hasta un grupo de altos personajes, que acababan de descender de una magnífica carroza. En medio de todos había un hombre y una mujer... ¿Quién le reveló que aquellos eran los Reyes! Dios, que guía, protege é inspira á los amantes hijos!

Andrés cayó de rodillas con el rostro encendido, con los ojos llenos de lágrimas, y exclamó con aquel acento que sale del alma para llegar al alma.

—Tomad mis flores... mi tesoro... es todo cuanto tengo!... tomadlo, señor, y dadme á mi pobre padre!

—Qué dice ese niño? preguntó el Rey asombrado.

El buen cura, que había salido á recibirle, le contó en breves palabras la desgracia de Beltran y la filial ternura de su hijo.

María Amalia era un ángel de bondad.

Cogió las flores y se las presentó á su esposo con ademán suplicante.

—Tú me das cuanto tienes, dijo el Rey sonriendo y dirigiéndose al niño, y yo te daré en cambio el único tesoro verdadero que posee un monarca: el derecho de salvar una existencia: tu padre está perdonado!...

Al oír esto Andresillo, sobrecogido por la alegría, se llevó ambas manos al corazón, y cayó desmayado al suelo.

¿Creéis que la Reina mandó á sus criados que le socorriesen? Oh! no: le cogió entre sus brazos, á pesar de sus harapos, y le prodigó por sí misma los auxilios necesarios.

¡Oh, que momento aquel, hijas mías! Cómo lloraban todos los circunstantes! cómo lloraban de santo júbilo los ángeles en el cielo!

Y luego la Reina quiso ir á la pobre choza antes de visitar la soberbia quinta, quiso presenciar la alegría de la pobre enferma, al estrechar entre sus brazos á su marido ya libre, quiso gozarse con los amantes transportes de Andresillo, y no salió de allí sin haber deslizado en las manos del niño su bolsillo lleno de oro.

Y así como Andresillo había tenido su recompensa, también ella la tuvo! Al salir de la pobre choza halló á la multitud arrodillada en

(1) Magnífica quinta, objeto de admiración para naturales y extranjeros. Hoy no existen mas que sus vestigios.

el dintel. Antes la aclamaban como Reina, ahora la adoraban como Santa!

Y ya había desaparecido en su soberbia carroza, cuando aun resonaban las amantes bendiciones, cuyo eco, á pesar del transcurso de los años, se repite aun en estos montes!...

Ya lo veis... la pobre choza se ha trocado en un palacio, porque la prosperidad es la compañera inseparable de la virtud y del trabajo.

Andrés tiene el mas hermoso jardin y la mejor huerta de estos alrededores. Pero su flor mas preciada, la que cultiva con mas cuidadoso esmero, es su esposa, que le ha dado tres hermosos renuevos de sí misma.

Veis aquellos dos viejecitos que están sentados al sol jugando con los niños? Pues son ellos: son Marta y Beltran, cuya existencia prolongan los amantes desvelos de sus hijos.

A veces el señor cura, cuando pasa, dice sonriendo al abuelito:

—Ves cómo no hay nada despreciable en la creacion? Vida, fortuna, dicha, todo se lo debes á las humildes flores que querías arrancar en tu despecho!

ANGELA GRASSI.

ENIGMA HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO.

¿Cuál es la ciudad que, siendo importante por los beneficios que le presta un río caudaloso, encierra en sus muros uno de los mas bellos monumentos que ha inspirado la fé religiosa, y ha visto nacer el arte que mas ha con-



La comitiva real.

Todos querían tocar el borde de sus vestidos, todos querían besar la huella de sus plantas.

tribuido al desarrollo de la inteligencia humana? (1)

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

VI.

LA RECOMPENSA.

Ó por generosidad ó por desprecio Eduardo no pidió á su amigo explicacion de su conducta.

—Cómo has pasado el día? le preguntó su padre.

—Admirablemente, padre mio.

—Qué has hecho?... en qué le has invertido?... No soy ya tu confidente, qué me reservas tus impresiones?

—Sois el padre mas bondadoso del mundo, le contestó Eduardo abrazándole estrechamente.

—Uno de mis clientes acaba de decirme que te vió pasear por el río en una lancha con la señora y la hija del ministro de Negocios Estrangeros. Yo no he vacilado en decirle que se equivocaba, porque no me parecía probable...

—Pues nada mas cierto... Las ofrecí mi lancha, la aceptaron y...—No sois el primer premio de la Sorbona, Mr. de Ferrieres? me preguntó la señora B.—Sí, señora, la contesté, y ella replicó:—El hijo es digno del padre...

—Continúa...

—Sentiria que creyeráis, padre mio, que las palabras de la señora B. me ensoberbecieron... Oh, nada de eso!... Con vos fué justa, conmigo bondadosa.

—No, te ha dicho lo que sentia... Conozco tu carácter y no temo que te enorgullezcan mis palabras, eco de las tuyas. Las alabanzas solo son peligrosas para los que las desean y nada hacen para merecerlas.

Aquí hizo el padre de Eduardo una ligera pausa, que sin saber porqué, desconcertó á Raoul un tanto.

—No me has hablado de Gabriela, añadió Mr. de Ferrieres: me han asegurado que su discrecion iguala á su hermosura.

—Mi juicio seria aventurado, pero no vacilo en aseguraros que idolatra á su madre... no previene, adivina sus deseos... Dicese— aunque yo lo creo una paradoja—que los nombres influyen en las personas, pero ¿no os parece que las que llevan el nombre de Gabriela deben ser dulces, afectuosas y honradas?... Me agrada tanto este nombre!

—Pues es un nombre como cualquiera otro, dijo Raoul terciando al cabo en la conversacion.

—Tú prefieres el de Rosamunda ó el de Armida, ¿no es cierto? exclamó Eduardo. Por huir de lo natural caes en lo ridiculo.

Raoul iba á defenderse de este ataque, pero Mr. de Ferrieres no le dió tiempo.

—Y qué has hecho despues de separarte de esas señoras? preguntó á Eduardo.

—Ayer me ha sonreido la fortuna: camino de París encontréme á algunos de mis compañeros de estudios, que aun no han regresado á sus casas, y á Mr. Masson, su digno y mi querido catedrático, y me invitaron á comer, y hemos comido en alegre compañía en una fonda de Chatou. Cuánto hemos bromeado y reido! Cuánto me he acordado de tí, Raoul!...

—Gracias; yo tambien he pasado el día admirablemente, contestó Raoul, mirando á hurtadillas á su tutor... Sabes lo que yo he hecho? Hacerme amigo de un Príncipe. Me convidó á comer... hemos estado dos horas juntos... y volveremos á vernos, porque ha simpatizado conmigo...

—Y qué Príncipe es ese? preguntó con gravedad Mr. de Ferrieres mirando fijamente á su pupilo.

—S. A. el príncipe de la Alcachofa!... contestó Raoul con énfasis.

—En efecto, es un personaje, le conozco... Recibe mi enhorabuena... La fortuna se declara en tu favor..... si supieras aprovecharla!...

—Me parece que hasta ahora... soy millo-

[1] La explicacion en el número inmediato.

nario, y los Príncipes solicitan mi amistad! A propósito, ¿habeis averiguado lo que me corresponde del premio de la lotería?

—Dos millones y medio de francos.

—Cuándo podré disponer de ellos?

—En cuanto se llenen las formalidades necesarias para obtener que te libren el importe de la ganancia. Dentro de mes y medio.... Pero si necesitas dinero antes de esta época.... te adelantaré las sumas que necesites, no escediendo de lo que poseo se entiende. ¿Sabes lo que en tu lugar haría yo?... Viajaría.

—Lo deseo con ansia.

—Por qué suspiras, Eduardo? dijo Mr. de Ferrieres... ¿Viajarías tú también? Envidias á tu amigo de la infancia y compañero de estudios?

—No, señor... no conozco la envidia... Dios es testigo de que nunca he soñado con la opulencia. Pero confieso que tengo celos de Raoul porque va á admirar tantos países, tantos horizontes distintos como encierra el mundo. ¡Qué se debe gozar viajando!

—Yo no te prohibo que acompañes á Raoul.

—Oh!.. no os burleis de mí... aunque á la verdad lo merezco.

—Te hablo formalmente. Escucha sin interrumpirme. Sé que á tu edad se carece de la suficiente experiencia para conducirse en el mundo; no obstante, me has dado tantas pruebas de rectitud, de juicio y de sentimientos; has sido tu conducta tan ejemplar y tan irreprochable, que hago una escepcion en tu favor permitiéndote viajar en compañía de Raoul, sin el auxilio de mis consejos y de mi afecto. No me des las gracias.... es un acto de justicia... El triunfo que has alcanzado merece una recompensa escepcional....

Un momento despues se separaron padre, hijo y pupilo; aquel para asistir á la vista de un pleito, y estos para disponerse á emprender su viaje.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.



LA GRANJA.

Aunque con algun retraso por no haber llegado antes á nuestras manos, publicamos la siguiente carta, que es de la misma niña de quien ya publicamos otra, con los detalles del viaje de SS. MM. á Santander, en el número de 31 de Julio próximo pasado.

«Mi querida A... Cuán quejosa estarás de mí, porque no he vuelto á escribirte desde Santander, ni aun siquiera para contestar á tu carta, en la que me pedias no dejara de referirte los detalles de nuestro regreso de aquella ciudad; pero, amiga mia, mamá se puso mala en Santander y no pudimos seguir con la corte á Búrgos. Felizmente la indisposicion de mamá no fué cosa de cuidado, y llegamos á este Real Sitio de San Ildefonso, mas conocido por *la Granja*, al dia siguiente de haber llegado la real familia.

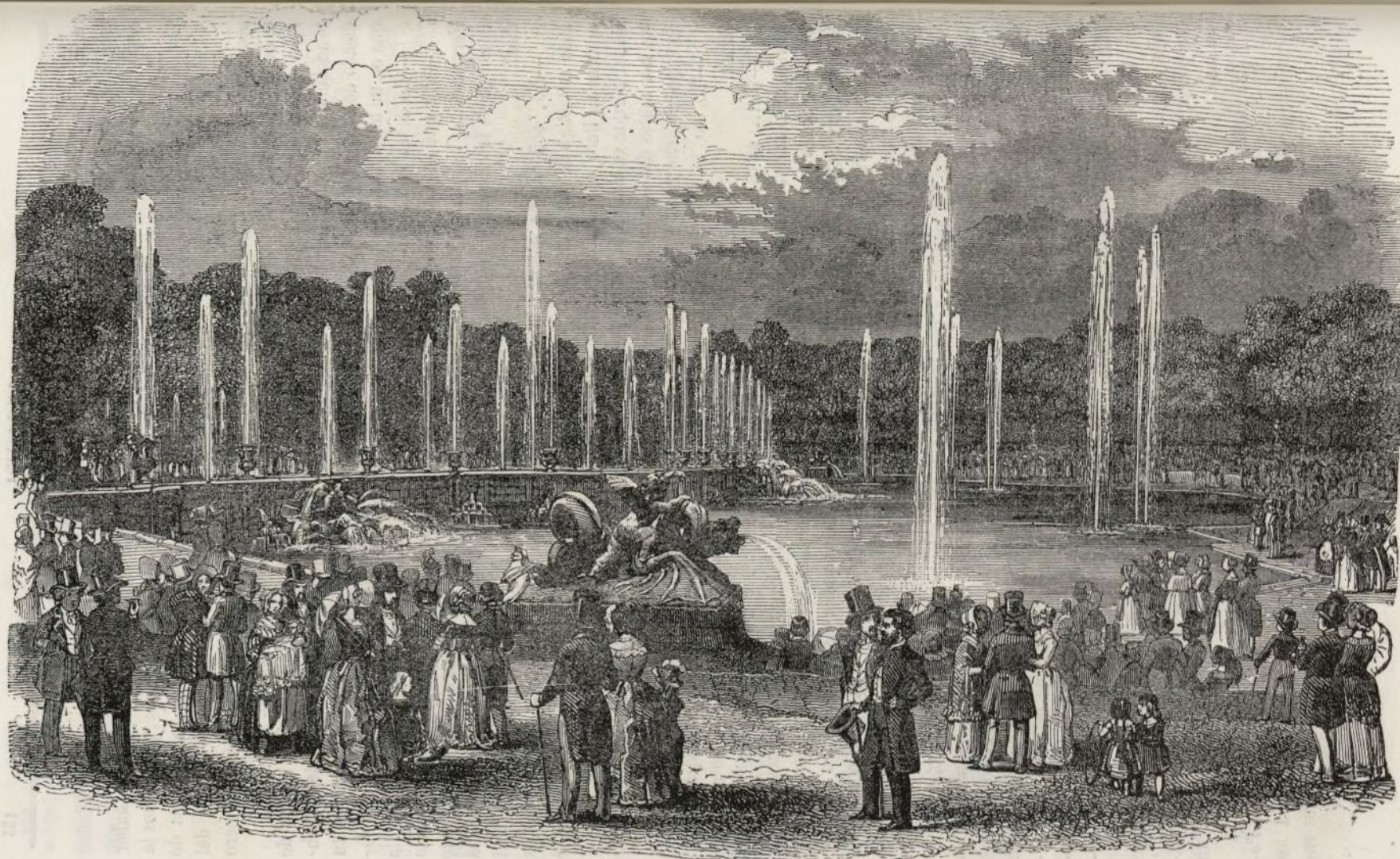
Voy, pues, á hablarte algo de este Sitio, que es muy hermoso.

No puedes imaginarte qué jardines tan frondosos! Podrás formarte una idea cuando sepas que, segun nos ha dicho un amigo de papá, empleado del real patrimonio, el número de árboles pasa de tres millones, sin contar los muchísimos de los bosquecillos y matorrales. Así es que la vista se recrea en estas largas calles de árboles, flanqueadas por bonitos cuadros de flores é interrumpidas por plazuelas y parterres, adornados con jarrones, estatuas y asientos de hermosos mármoles.

Pero todo esto no es nada comparado con las fuentes, que son el mejor adorno de estos jardines. Ayer, que fué San Luis, corrieron todas, y además de los que estamos aquí durante la jornada, vinieron á verlas correr muchas personas de Madrid y bastantes de Segovia.

Es, en efecto, un espectáculo magnífico, porque las fuentes son veinte y seis, y en la plazuela de las ocho calles se ven correr á un tiempo diez y seis fuentes.

Las fuentes mas hermosas son: la *de Pomona*, que está en los jardines bajos, á los que se descende por una escalera de dos ra-



Los Jardines de la Granja.

Ayuntamiento de Madrid

males, de piedra, con balaustrada de hierro. Te gustaria mucho esta fuente con su pilon, que forma un estanque ovalado, sus figuras, mascarones y cogollos, y sus ochenta salidas de agua; la de los *Baños de Diana*, que representa á esta diosa de la antigüedad, bañándose con sus ninfas en una gruta, y que dicen que costó tres millones; la de *la Fama*, que arroja el agua hasta una altura de 150 piés; la de *Andrómeda*, con 51 surtidores, uno de ellos de 115 piés de altura; la de *Latona ó de las Ranas*, que tiene muchas figuras de estos animales, que arrojan agua; la del *Castillo*, con los bonitos surtidores de 66 piés de altura; la de *las Tres Gracias*, con cinco surtidores, en una plazuela donde hay un bonito cenador de piedra; la de *los Vientos*, con un grupo que representa á Eolo sujetando los vientos, y un delfin, que arroja un grueso caño de agua; la *Cascada nueva*, con cuatro grupos de niños, ocho sirenas y 25 surtidores rectos y oblicuos; la *fuelle de Anfitrite*, donde se ve á esta deidad en un carro tirado por pavos reales, con cuatro delfines; y finalmente, un bonito juego que se llama *la carrera de caballos*, y que comprende varias fuentes, que son: las dos del *Caracol*, la del *Abanico*, la de *Neptuno ó de los Caballos*, la de *Apolo* y la *Cascada vieja*.

No quiero acabar esta carta sin hablarte algo del *Palacio*, que tiene una hermosa fachada con ocho columnas de piedra, cuatro estatuas de mármol blanco y varios medallones, armas y trofeos. Las habitaciones están todas vestidas de seda, con techos pintados, y amuebladas lujosamente: yo he contado cincuenta y tres relojes, y hasta treinta y una arañas de cristal en las diferentes salas.

Tambien son dignas de verse la *casa de Alhajas*, la de *Oficios*, la de *Canónigos*, la de *Infantes*, la que llaman *la Calandria*, la *fábrica de cristales* y la *Colegiata*, que es una hermosa iglesia.

Terminaré diciéndote que, segun he leído, fundó todo esto el rey D. Felipe V, á mediados del siglo pasado; y deseando que te agraden sus noticias, se despide de tí con el corazón tu

L.

LOPE DE VEGA CARPIO.

Este ilustre poeta, una de las mayores glorias de España, nació en Madrid el 23 de Noviembre de 1562 en la puerta de Guadalajara y casas de Gerónimo de Soto, sitio entonces perteneciente á la parroquia de San Miguel de Octoes, donde se bautizó el 6 de Diciembre.

En el libro de bautizados correspondiente á dicho año, se lee: «En 6 de Diciembre de 1562 años bauticé á Lope, hijo de Félix de Vega y de Francisca, su mujer; compadre mayor Antonio Gomez; madrina, su mujer.—LICENCIADO MUÑOZ »

Tuvo D. Félix tres hijos, Lope el primero, otro que siguió la milicia, y una hija llamada Isabel, mujer de singular caridad, que asistía con su padre á los hospitales, y murió en opinion de Santa en 1601.

Desde sus primeros años empezó Lope á desplegar su peregrino ingenio, á los cinco sabia leer en español y latin, y dictaba sus versos á los niños que ya sabian escribir, dándoles en pago de su trabajo el almuerzo ó la merienda que llevaba guardada, dando así un ejemplo, de que aun en aquella corta edad venia el ingenio á la golosina. Así se explicaba ya aquella invencible inclinacion á la poesia que heredó de su padre, pues D. Félix hacia tan buenos versos, que decia Lope que le parecian mejores que los suyos.

Aprendió en el colegio imperial de Madrid la gramática, retórica y poética en el corto espacio de dos años, y estudiando al mismo tiempo los autores latinos.

El mismo Lope afirma en su *Arte nuevo de hacer comedias*, que habia estudiado el arte antiguo de hacerlas antes de los diez años. Y no se crea que por dedicarse á la literatura descuidó aprender otras habilidades, pues antes de los doce poseia ya en alto grado las de la danza, el canto y la esgrima.

Muerto su padre, la impetuosidad de su genio y la irreflexion de su juventud le inspiraron la resolucion de abandonar la casa de su madre en compañía de un amigo suyo llamado Hernando Muñoz. Reunidos todos los ahorros, marcharon á pié hasta Segovia, donde compraron un pollino y prosiguieron su viaje hasta la Bañeza y Astorga, y desde allí volvieron arrepentidos á Segovia.

En esta ciudad entraron en una platería para cambiar unos doblones que les quedaban y ver si podian vender una cadena de oro que

conservaban; mas lo que no esperaban les sucedió: creyendo el platero que la referida cadena era robada, dió parte á la justicia, que los hizo prender; pero deduciéndose la verdad de las declaraciones de ambos, se dió orden á un alguacil para ponerlos en libertad y conducirlos á su casa. Vuelto á Madrid se colocó con D. Gerónimo Manrique, obispo de Avila, en cuya honra compuso algunas églogas y la *Pastoral de Jacinto*, que fué la primera comedia que Lope hizo en tres jornadas, donde principió la cultura y la nueva forma que dió al teatro español. Antes de esta, habia compuesto otras en el estilo que se usaba entonces, que era una especie de égloga entre cuatro personas, y que ocupaba como de tres á cuatro pliegos cada comedia. Siguió este camino con tal ardor, que durante mucho tiempo no se representaron mas comedias que las de Lope. Mas en medio de tanto aplauso, conociendo que le hacian falta estudios mas profundos, se dedicó á la carrera eclesiástica, para cuyo fin pasó á la universidad de Alcalá á estudiar filosofía; hizo bachiller en ella y estendió su educacion, entregándose al estudio de las obras de Raimundo Lulio; cursó matemáticas, y aprendió el idioma francés, el italiano y portugués. Concluidos todos estos trabajos, fué cuando el duque de Alba, que le profesaba particular amistad, le llamó á la corte y le nombró su secretario y valido, y entonces fué cuando escribió la *Arcadia*, en la que disfrazó, con otros nombres, los lances de amor sucedidos al mismo duque y á varios amigos.

Nada mas se sabe de la primera juventud de Lope de Vega Carpio, sino que, siendo aun secretario del Duque, se casó con doña Isabel de Urbina, teniendo la desgracia de perderla cuando él no tenia aun 26 años.

Viudo ya, hizose soldado en la armada contra Inglaterra, teniendo el disgusto de ver morir en sus brazos á su hermano el alférez, y aun en medio del peligro de aquella desgraciada expedicion, estaba escribiendo el poema épico *La Dragóntea* y la *Hermosura de Angélica*, imitacion del Ariosto. Vuelto á la corte estuvo de secretario del conde de Lemus, hasta que se volvió á casar con doña Juana de Guardio, de la que tuvo dos hijos, que murieron uno á los siete años y la otra casada ya.

Cansado Lope del mundo, siguió su primer pensamiento; hizose fraile de la tercera Orden de San Francisco, entró en la congregacion del Caballero de Gracia, asistió á los hospitales, y al fin pasó á Toledo, de donde volvió presbítero. Fué Lope uno de los mas brillantes inge-

nios españoles, no habiéndole igualado nadie en el crecido número de obras que escribió, y que nos es imposible enumerar.

En el año de 1627 dedicó á Su Santidad Urbano VIII la *Corona poética á la muerte de Maria Stuart*, y Su Santidad le envió una carta con su sobrino el cardenal Barberini dándole las gracias, enviándole tambien la cruz de la Orden de San Juan, el título de doctor en teología conferido por la Sapiencia de Roma, el de promotor fiscal de la Cámara Apostólica, y el de notario escrito en el archivo romano.

Despues de haber asombrado al mundo con sus prodigiosas concepciones, y no olvidándose nunca de prepararse para bien morir, falleció en Madrid el 27 de Agosto de 1635 en la casa que habitaba en la calle de Francos.

Fueron sus funerales los mas suntuosos que se habian visto en la corte, pues fueron cantados por la capilla real, y duraron nueve dias consecutivos.

Depositáronse sus restos en un nicho del altar mayor de la iglesia de San Sebastian, en tanto que su testamentario el duque de Sesa le mandaba labrar un suntuoso sepulcro de mármol, lo que no llegó á ejecutarse.

Él mismo asegura que escribió 1,500 comedias, haciéndolas subir á 2,000 muchos de sus mas íntimos amigos; los Autos Sacramentales fueron mas de 400 y otras obras que escribió sobre diversas materias, formando entre todo unos 35 á 40 tomos en cuarto y octavo, siendo tal su facilidad en escribir, que salió por cinco pliegos cada dia de su vida.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.